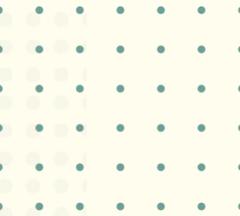
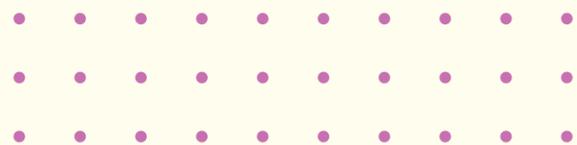


UNA ROSA POR
LA CIUDAD.



ROSA

A pesar de que llevaba más de 50 años viviendo en Bogotá, la señora Rosa no conocía mucho la ciudad. Rosa nació en un pueblo cundiboyacense pero desde niña llegó a Bogotá a vivir en el barrio Policarpa. Ha sido testigo y parte de la historia que acompaña a este popular barrio. “Recuerdo mucho mi infancia en el campo, nosotros llegamos aquí buscando un lugar para iniciar una nueva vida. La mayoría de familias que llegamos éramos desplazados, pero se hizo justicia y creamos el Policarpa desde cero” Contaba orgullosa su historia a Sebastián, su nieto favorito.



MIEDO

Si bien es una mujer activa, salía poco de casa y estrictamente para lo necesario. “Los tiempos han cambiado mucho y en esta ciudad los ladrones están a la vuelta de la esquina” argumentaba con seguridad cada vez que rechazaba las invitaciones de sus vecinas y amigas de barrio. “Prefiero que vengan a la casa a tomar chocolate, pan y queso” añadía. Esto dejaba a Matilde y a Patricia en una situación difícil, pues era bien sabido que el tradicional, espumoso y delicioso chocolate de Rosa desprendía un sutil aroma que perfumaba la cuadra y abría el apetito a cualquier hora, lo que daba por ganador al plan hogareño propuesto por Rosa. Por eso no salían las tres.

ESPACIO PÚBLICO



Compartir

En contraste, Matilde y Patricia no permanecían mucho en casa. Los martes y jueves iban a clases de danza en la junta de acción comunal, mientras que el viernes asistían al taller de artes plásticas, rematando la tarde con la visita a Rosa. Se juntaban a contar historias, a decorar cojines, a hacer muñecos navideños, decoraciones y demás arreglos que les encargaran sus conocidos. Vivían sus días tranquilamente, se sentaban siempre en la misma banca del parque a ver la gente pasar, desayunaban temprano, veían el noticiero, charlaban con los suyos, adelantaban los deberes de la casa, aprovechando cada segundo para disfrutar y aprender cosas nuevas.

AGARRAR CAMINO

nuevas experiencias

Un día como cualquiera, Matilde y Patricia invitaron a Rosa a ir a San Victorino a comprar nuevos moldes e insumos para la temporada navideña. Como era de esperarse Rosa pensó en proponer su habitual visita semanal. Miró la alacena y el chocolate, que nunca faltaba en casa, se había acabado. Matilde y Patricia no tendrían su habitual taller de artes plásticas. Ese viernes sería diferente.

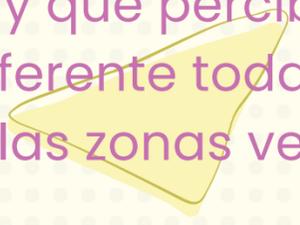
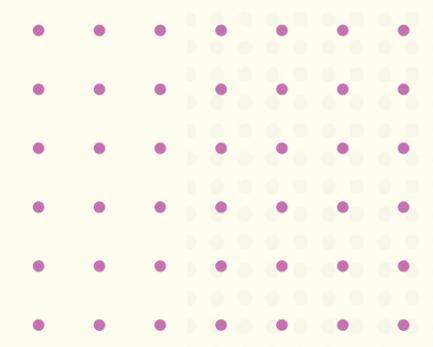
Antes de que amaneciera, Rosa ya estaba en pie poniendo la olla para el tinto, adelantando el almuerzo y alistándose para salir al encuentro con sus dos amigas. Se dirigían por la carrera décima al Transmilenio pero decidieron irse en SITP evitando la congestión que suele hacerse en San Victorino, una de las estaciones más concurridas de la ciudad. La cita era a las 9:00 am en el paradero y mientras llegaba el bus iban poniéndose de acuerdo en las compras que harían y los lugares que pensaban visitar. Ya en el bus, iban contemplando la ciudad por la ventana mientras comentaban lo cambiada que estaba. También se percataron de un grupo de muchachos que estaba pintando una pared. “Esos garabatos que ni se entienden” señalaba Rosa a sus amigas.

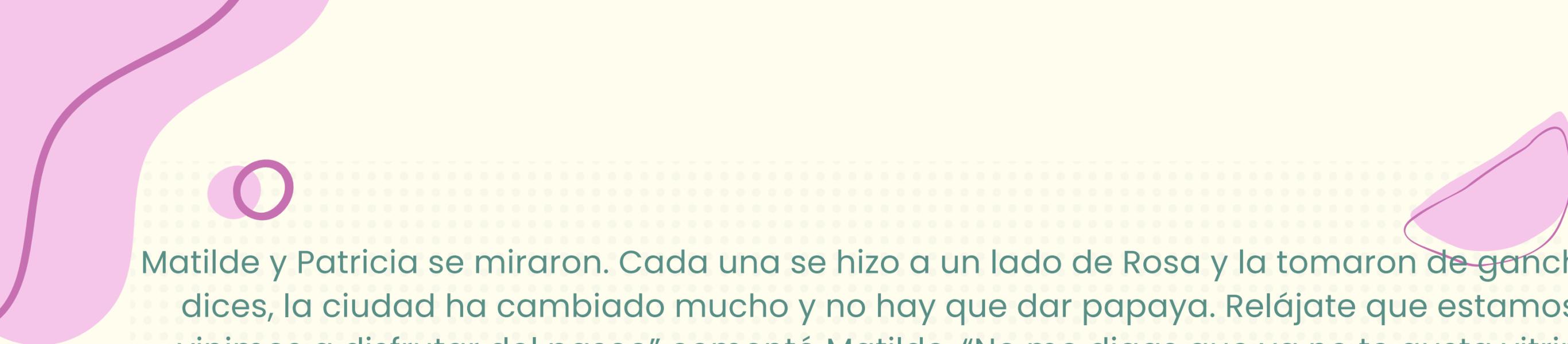




Eran las 9:30 am. Estaban atrapadas en un trancón por el “Gran San”; ya se habían subido dos vendedores informales y un cantante de Hip hop que improvisaba con cada persona que transitaba en el bus. Este último se sentó al lado de Rosa y le contó que unos días se dedicaba a cantar en los buses y otros a ayudar a su papá en un puesto de ventas ambulantes que tienen en San Victorino. Espera algún día ir a la Universidad a estudiar diseño gráfico o artes plásticas porque le gusta mucho pintar. Aunque al principio Rosa se mostraba desconfiada y desinteresada con lo que le contaba Cesar, terminaron entablando un diálogo que la dejó reflexiva. Tal vez no todo es como parece.

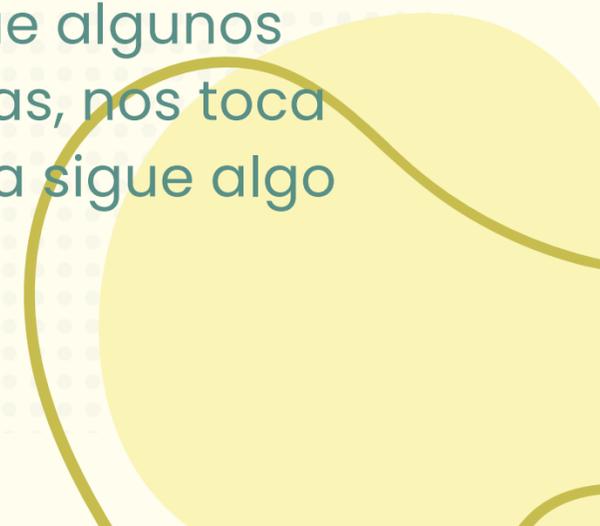
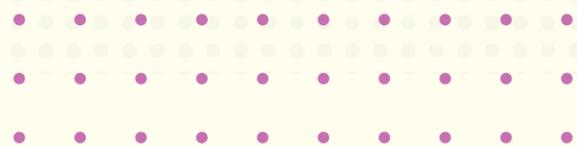
Llegaron a la esquina de la Plazoleta Neos y para las tres mujeres fue inevitable detenerse a observar los murales y grafitis que pintaron en toda esa esquina que antes estaba llena de comercio y vendedores informales. Asustada, Rosa agarró su bolso con más fuerza, confesándole a sus acompañantes que temía por sus pertenencias y que percibía mucho movimiento, ruido, caos, contaminación. Recordaba diferente toda la zona de San Victorino y definitivamente extrañaba la vegetación y las zonas verdes que antes se podían disfrutar por el Centro de la Ciudad.

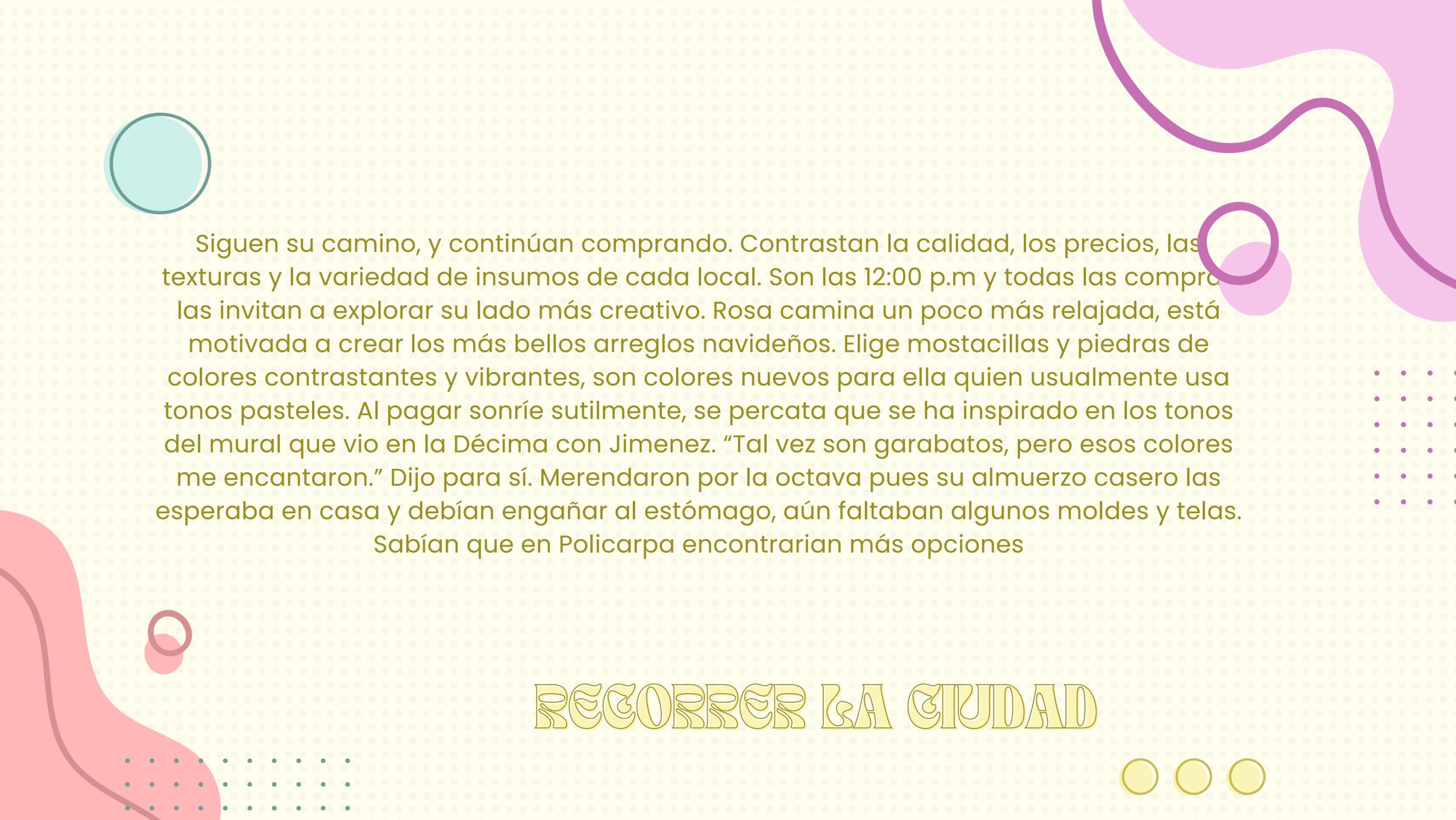




Matilde y Patricia se miraron. Cada una se hizo a un lado de Rosa y la tomaron de gancho. “Como tú dices, la ciudad ha cambiado mucho y no hay que dar papaya. Relájate que estamos las tres y vinimos a disfrutar del paseo” comentó Matilde. “No me digas que ya no te gusta vitrinear, Rosi.” agregó Patricia. Se sumergieron en San Victorino, siendo llevadas por la cantidad de personas que habitan este sector de la Carrera Décima, como una marea que poco a poco va dejando a cada participante en el lugar que desea.

Rosa le cuenta a sus compañeras que quedó muy impactada por la forma en que los jóvenes de ahora trabajaban en la calle, mencionando que antes no se veía eso. Sus vecinas le contaron que ellos eran Artistas, Rosa dice “No, eso son es garabatos que nadie entiende y eso es privado, si me rayan la casa me pongo furiosa.” Matilde piensa distinto, le cuenta que asistió a un laboratorio de creación en el barrio Ciudad jardín donde hicieron un mural colectivo en tela. “Los muchachos nos dijeron que lo que ellos hacían era arte y que pintar era una forma de vivir y de apropiarse de la ciudad. La calle llena de colores se ve más bonita Rosa”. Patricia agrega “Mire Rosi que algunos vecinos de allá del Policarpa si dejan que les pinten las paredes y las tienen bien bonitas, nos toca es juntarnos para visitar todo lo que han hecho. ¡Déjese sorprender!”. Sin embargo, Rosa sigue algo apática. La ciudad y sus amigas la retan a ver con otros ojos.





Siguen su camino, y continúan comprando. Contrastan la calidad, los precios, las texturas y la variedad de insumos de cada local. Son las 12:00 p.m y todas las compras las invitan a explorar su lado más creativo. Rosa camina un poco más relajada, está motivada a crear los más bellos arreglos navideños. Elige mostacillas y piedras de colores contrastantes y vibrantes, son colores nuevos para ella quien usualmente usa tonos pasteles. Al pagar sonrío sutilmente, se percata que se ha inspirado en los tonos del mural que vio en la Décima con Jimenez. "Tal vez son garabatos, pero esos colores me encantaron." Dijo para sí. Merendaron por la octava pues su almuerzo casero las esperaba en casa y debían engañar al estómago, aún faltaban algunos moldes y telas. Sabían que en Policarpa encontrarían más opciones

RECORRER LA CIUDAD

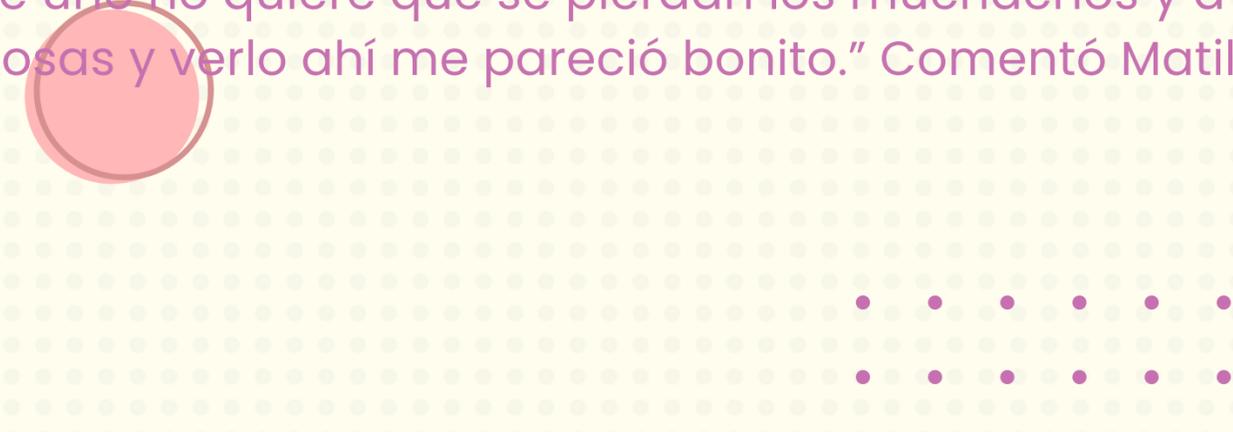
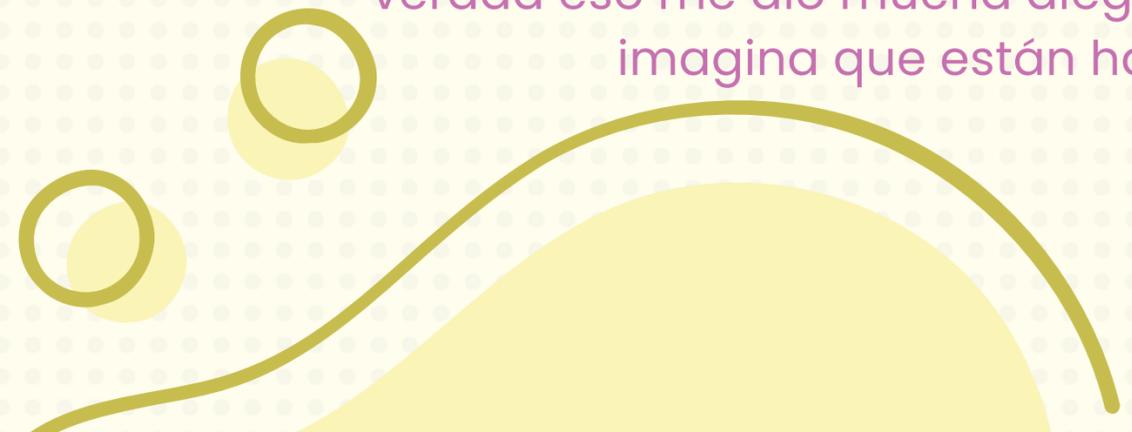


Siendo las 2:00 pm decidieron volver a casa. Terminaron agotadas, con sus bolsas llenas de materiales, algunos regalos para sus seres amados y las expectativas altas frente a lo que van hacer para vender en la temporada navideña.

Después del almuerzo en casa, Matilde invitó a Rosa a echar una ojeada a las telas del barrio. De camino, en el parque, vieron con detenimiento los murales que están en el edificio de la junta de acción comunal, sobresale una imagen de Policarpa Salavarrieta como DJ, les causó gracia a ambas y siguieron caminando. En la esquina se encontraron con el señor Jorge uno de los fundadores del barrio y líder del centro cultural, él le contó a Rosa que también estuvo en el laboratorio y que aunque al principio no estaba seguro de participar, se arriesgó e hizo un dibujo con una plantilla y un aerosol, contó que quedó contento con el resultado. También dijo que al intentar hacer su primer stencil se dio cuenta que se necesitaba fuerza en las manos, mucho control y cierta destreza para que no se escurriera la pintura.

“No me diga Señor Jorge que usted también es grafitero como Matilde y Patricia” Respondió Rosa.

“Rosita para que se ría, ese día en el laboratorio yo me di cuenta de que Julio, ¿se acuerda de mi nieto? salía en una de las fotografías que mostraban los profes de graffiti, él estaba por allá encaramado pintando y la verdad eso me dio mucha alegría, pues porque uno no quiere que se pierdan los muchachos y a veces uno se imagina que están haciendo otras cosas y verlo ahí me pareció bonito.” Comentó Matilde.



A Rosa se le vino el recuerdo de su nieto Sebastián, lo imaginó tocando la guitarra pues desde niño ha sido talentoso para la música. Sonrió y agregó. "Tiene razón Matilde, que orgullo tener un nieto artista, toca que un día Julio me enseñe a pintar murales a mi también" Se despidieron del señor Jorge y siguieron su camino.

Rosa no era la misma que salió en la mañana, veía con más curiosidad las calles, se sentía más tranquila recorriendo el barrio, quería usar nuevos colores y formas en sus creaciones. Sin embargo, algo seguía igual, como todos los viernes, esperaba ansiosa disfrutar una buena taza de chocolate caliente en compañía de sus vecinas.

